

El cuarto altar, de San Francisco Javier, que presto lo acabarán, tiene la estatua de San Javier, ya pintada.

El quinto altar ya se acabó, y es de San José, cuya estatua está pintada. Item: otra de San Juan Bautista. Tres confesonarios, los dos nuevos de tabla de cedro; cada uno tiene sus estatuas pequeñas.

En el presbiterio hay dos estatuas grandes doradas: la una de San Juan Nepomuceno, la otra de San Eustaquio. Fuera del presbiterio está la estatua pintada de Santa Notevega, virgen.

Fuera de estas estatuas había otras sueltas; verbigracia: un bulto de nuestro Señor, en su cajoncito, con su marco dorado y su cristal. La relación del inventario parece decir que por todo había 33 estatuas.

Por el número de herramientas que se inventariaron en este pueblo parece que era de los que acomodaba á otros de objetos pertenecientes á las artes mecánicas, aunque, á decir verdad, en casi todos se ve lo mismo, ya en una industria, ya en otra. Los carpinteros estaban en este pueblo del Santo Angel divididos en tres cuadrillas: he aquí el resumen de los instrumentos para los oficios de retableros y estatuarios, que es lo que ahora nos atañe:

Escoplos, 39; esgurbias, 21; sierras, 5; tenazas, 1; limas, 3; cepillos, 9; azuelas, 9; martillos, 1; barrenas, 3; compases, 1.

Pueblo de San Borja. — Tiene la iglesia cinco retablos; el del altar mayor, de dos cuerpos, dorado; dos colaterales pequeños con sus sagrarios, y los otros dos son sin finalizar. Un púlpito y dos confesonarios de madera. Las estatuas eran 33, á saber: San Francisco de Borja, San Ignacio de Loyola, San Javier, San Luis Gonzaga, San Estanislao, tres santos mártires, ocho crucifijos, un Señor muerto, otro resucitado, cuatro vírgenes mártires, Santa Rosa, Santa Bárbara, San José, San Antonio de Padua, San Isidro, San Miguel, San Juan y cuatro ángeles.

Pueblos del Paraná. — Pueblo de Santa Ana. — Un púlpito dorado y cuatro confesonarios de talla, dorados y pintados. Cinco altares con sus buenos y dorados retablos; el altar mayor tiene cuatro estatuas grandes; cuatro pequeñas alrededor del sagrario; ítem: dos niños de Nápoles.

El retablo del altar colateral, que cae al lado del Evangelio, tiene nueve estatuas; en el segundo, que cae al mismo lado, hay una sola.

El retablo del lado de la Epístola tiene

nueve estatuas, y el segundo, del mismo lado, una sola estatua.

Dos estatuas que están en las dos columnas del arco toral.

Un baptisterio con su retablo dorado que tiene siete estatuas, y su pila bautismal de lindo vidriado.

Veinte estatuas de varios misterios de Resurrección, Pasión y de otras festividades de la Iglesia.

Un sepulcro con un Señor que se representa difunto, para el Viernes Santo.

Un monumento para el Jueves Santo, de varios cuadros con las figuras de la Pasión.

Una sacristía hermosa, perfectamente acabada y dorada, con sus dos cajonerías; tiene para su adorno cuatro estatuas de medio cuerpo de los Doctores de la Iglesia.

Cinco láminas romanas; ocho láminas grandes del Cuzco, con sus marcos de talla, hermosamente dorados, y once láminas pequeñas.

Dos escritorios embutidos con talco. En la antesacristía, un retablo pequeño dorado, y en él tres estatuas pequeñas.

Pueblo de la Candelaria.—El retablo del altar mayor, todo dorado, tiene seis estatuas grandes y ocho pequeñas.

El colateral de Santo Cristo tiene siete

estatuas más que medianas y dos pequeñas: el otro, de San José, su estatua grande, cuatro medianas y dos pequeñas. Los otros dos altares, cada uno con su estatua de buen tamaño.

Catorce estatuas grandes que están en el cuerpo de la iglesia.

Tres confesonarios grandes de madera con sus molduras. Un Niño Jesús pequeño, y otra estatua mediana de Nuestra Señora del Rosario.

Misiones del Chaco.—Pueblo de Petacas.—En el altar mayor, una Sagrada Familia de bulto, y un Niño Jesús pequeño. Un Señor de la Paciencia, un Santo Cristo. En la sacristía se halló un bulto del Salvador, de tres cuartas de alto; otro de la Concepción, del mismo tamaño; otro de los Dolores, de media vara de alto, con Cristo en los brazos; cuatro rostros con sus manos, que eran de Jesús Nazareno, de la Soledad, de la Concepción y de San Juan Evangelista.

Pueblo de Valbuena.—En el altar mayor, un bulto de San Juan Bautista, de dos varas, y otro más mediano de Nuestra Señora del Rosario. De estatuas, una de la Virgen de la Soledad y otra de Santa Rosa de Lima, ambas de vara y cuarta. Un Niño Jesús.

En otros dos altares había, en uno un

Santo Cristo, de dos varas, y en otro la Virgen del Rosario.

El contraste que se nota en las misiones del Chaco, ó Gran Chaco, como le llamaron siempre los españoles, da pie para una ligera digresión acerca de él.

La inmensa extensión así denominada, y enclavada casi en el centro de la América del Sur, tiene hacia su parte N. unas 150 leguas de E. á O., y 250 de N. á S. En esta gran parte de terreno, de variadísimos climas, se refugiaron muchos indios de diversas nacionalidades huyendo de los incas, y no pocos de los españoles al tiempo de la conquista. Se cree pasaron en el siglo XVII de 70 las naciones que lo habitaban, y de ellas eran tenidas por principales sólo 17. No se le daban más que 100.000 habitantes á fines del siglo XVIII, y puede asegurarse que continuamente merma la población salvaje, como en todas partes de la América acaece.

San Francisco Solano penetró en él y predicó el Evangelio á aquellos infieles; redujo á algunos, — dice Alcedo, — que luego se volvieron á su idolatría. En 1587 se encargaron de su reducción los Padres de la Compañía, que á costa de grandes trabajos lograron fundar siete pueblos.

Los inventarios de todos ellos, compara-

dos con los de los pueblos fundados á orillas del Uruguay y Paraná, explican cuánta era la inestabilidad y pobreza de las fundaciones del Chaco, expuestas siempre á los asaltos repentinos de las tribus indígenas que los rodeaban, y que no querían reducirse á vida civil. Las muchas armas y municiones de que se da cuenta en los inventarios de estos pueblos es una nueva confirmación de los peligros que les rodeaban, sin olvidar la vecindad de los tigres, que tenían también en continua alarma á los moradores.

No es posible hallar en todas partes industrias tan adelantadas como en las reducciones guaraníes, ni iglesias tan ricas en esculturas y otros trabajos como en las ajenas á tales cuidados y sobresaltos.

Misiones de indios Chiquitos.—Estos pueblos tenían especial disposición para la música, como haremos observar cuando llegemos á averiguar lo que acerca de este utilísimo arte hubo durante la dominación española.

Las reducciones de Chiquitos lograron mayor prosperidad material que las del Chaco, pero no alcanzaron la de los guaraníes; tomaré la razón de la introducción que el señor Brabo pone á sus inventarios: « No gozaban tampoco estos pueblos de vida muy

tranquila, pues variaron con frecuencia de asiento y se deshicieron desbandándose en diferentes ocasiones sus moradores, á causa unas veces de la inconstancia de los indios, por falta otras de misioneros, que con motivo de las guerras que España sostenía no pasaban en largas temporadas á América; y finalmente, porque la discordia se introducía á menudo y estallaba la lucha entre los habitantes de una misma reducción. »

A esto debe atribuirse que la escultura hiciera pocos adelantos entre estos indios, y que sus iglesias, si bien no pobres en alhajas, ornamentos y mobiliario, tuvieran pocas efigies.

Hojeando los inventarios quizá pudiera sacarse alguna cosa buena de escultura en uno que otro pueblo; pero esto sería proceder deslealmente y dejar el camino que uso en estos escritos, encaminados, diré de nuevo, á dar á conocer la verdad pura y sencilla en cuantas materias trate en ellos. Por eso en ésta de la escultura en los pueblos de Misiones, lejos de rebuscar en los inventarios los que tuvieran mayor número de obras escultóricas, he tomado los dos primeros en que se diera razón de ellas, y así haré en lo único que me resta ya, que son las Misiones de Mojos.

Misiones de Mojos. — Pueblo de la Santísima Trinidad. — Un nacimiento del Niño Dios hecho en Huamanga; varios bultos napolitanos, romanos, quiteños y cuzqueños, y la vida de la Virgen, en lienzo, con marcos dorados para el adorno de la iglesia.

Había además tres efigies de la Virgen, de talla.

En los inventarios de los demás pueblos de Mojos, ó se han suprimido por completo los bultos de santos y toda otra escultura, ó se ha puesto englobado todo en una sola partida; verbigracia: en el inventario del pueblo de San Ignacio se lee: « Variedad de efigies de escultura, y entre ellas una imagen del Niño Jesús, napolitano. »

Con particular detención he leído el inventario del pueblo de la Exaltación, donde tantos años después de la salida de los Padres de la Compañía halló D'Orbigny las preciosidades de escultura que sabemos, y ni un solo asiento figura en ella que diga relación á objeto alguno de escultura.

Teniendo en cuenta estas omisiones, lo dicho acerca de las Misiones de Chiquitos y el Gran Chaco, y tomando respectivamente por norma para los demás pueblos del Uruguay y Paraná lo que dejamos escrito acerca de las obras de escultura que figuran en la

relación de las efigies, etc., atrás insertada, nos parece que en este ramo de las bellas artes, las Misiones fundadas y sostenidas por los Padres de la Compañía, y generalmente conocidas con el nombre de Reducciones, han dejado en buen lugar á la madre patria.

Es hora de volver á ocuparnos en las obras que llamaron la atención en las ciudades principales del Virreinato, y en dar á conocer los nombres de los escultores de alguna fama durante nuestra dominación, tan maldecida, por ignorante y apática, en el mundo prehispánico.

El afamado escultor Francisco Flores, que vivió en Lima no sé en qué años del siglo XVII, dejó algunas obras de talla dignas de su nombre, sobre todo la de la imagen de Santa Rosa de Lima, que se venera en el altar de su santuario. Quizá superó á Flores Baltasar Gavilán, limeño y mestizo. De la estatua ecuestre que hizo representando á Felipe V, ya dijimos en otro sitio. Como escultor, dice Mendiburu que merecía crédito por las obras que había hecho con tino y perfección. Distinguíanse entre éstas varias imágenes de los templos, y los bustos del marqués de Casa Concha, del conde de las Torres y otros personajes. Quizá no tuviera

Mendiburu por del todo averiguado lo que el señor Palma relata acerca de otras obras de Gavilán y de su trágica muerte. Lo extractaré fielmente, y, hecha la lectura, acaso no halle el lector cosa inverosímil en ella.

Supuesto el recuerdo de por qué Baltasar Gavilán estaba recluso en un convento, empezó, para distraerse de su forzada vida monástica, por labrar un trozo de madera, y hacer de él los bustos de Nuestra Señora, el Niño Jesús, los tres Reyes Magos y, en fin, todos los accesorios del misterio de Belén. Aunque las figuras eran de pequeñas dimensiones, el conjunto quedó lucidísimo, y los visitantes del guardián propalaban que aquello era una maravilla artística.

Alentado con los elogios, Gavilán se consagró á hacer imágenes de tamaño natural, no sólo en madera, sino en piedra de Huamanga, algunas de las cuales existen en diversas iglesias de Lima.

La obra más aplaudida fué una Dolorosa, que acaso se conserve en San Francisco. Era costumbre en Lima que los agustinianos sacaran la noche de Jueves Santo una lucida procesión con más de 20 pasos; en el año á que se refiere lo que vamos á decir acerca de Gavilán, la primera efigie que iba en ella era una perfecta imagen de la muer-

te con su guadaña, obra soberbia del recluso escultor. El mestizo alcanzaba un nuevo triunfo.

Una noche, vuelta ya la escultura al cuarto de Gavilán, se dejó éste vencer de la funesta pasión de la bebida, que se había apoderado no poco de él. Vestido como estaba, se echó en la cama, sin cuidarse de apagar la luz. Despertóse á media noche; la mortecina luz de sebo despedía un extraño reflejo sobre el esqueleto, colocado á los pies de la cama. La guadaña de la Parca parecía levantada sobre él. Espantado, y bajo la influencia embrutecedora del alcohol, desconoció la obra de sus manos; dió horribles gritos, y acudiendo los más cercanos á su cuarto, comprendieron, por la incoherencia de sus palabras, la alucinación de que era víctima. Dícese que este célebre artista murió loco.

El indígena D. Juan Tomás, natural del Cuzco, fué también escultor de fama en el siglo XVII; acreditó su habilidad, genio y destreza en la ejecución de no pocas obras de conocido mérito. Tenía la costumbre de confesar y comulgar cuando daba principio á alguna de ellas. De sus manos salieron muchas de las imágenes que se veneran en las iglesias del Cuzco y otras poblaciones del

Sur del Perú. Uno de los bultos que á este artista dió más fama fué el de la Virgen de la Almudena, que labró á imitación de la de Madrid á instancias del ilustrísimo D. Manuel Mollinedo y Angulo, obispo del Cuzco é hijo de esta coronada villa.

Hubo también hacia mediados del siglo XVII un escultor de no escaso crédito y dorador famoso, llamado D. Juan Gómez de Elizalde, ocupado casi constantemente por el cabildo catedral de Lima, del cual fueron en buena parte los trabajos hechos en 1680 en la catedral de Lima cuando las fiestas de la canonización de Santo Toribio de Mogrovejo.

A mí no me consta de obra alguna de escultura salida de sus manos, y así, ciñéndome á recordarlo sólo como artista, diré de algunas esculturas esparcidas por diferentes altares de la metrópoli peruana.

En la capilla de San Isidro hay una valiente talla del cuerpo del Santo, al natural y en el ejercicio de su humilde profesión de labrador. En la capilla de la Visitación un retablo de tres cuerpos, prodigiosa escultura de artífice primo. En sus repartimientos se notan admirables estatuas de talla entera; las principales son: en los costados del primer cuerpo, los dos Patriarcas, abuelo y

padre de Cristo, San Joaquín y San José, y del segundo, el sumo sacerdote Zacarías y su hijo el Precursor San Juan Bautista.

En el nicho principal se saludan y dan los brazos la Santísima Virgen y Santa Isabel. En la capilla de Santa Ana está esta Señora de cuerpo entero, y con ella la Virgen Santísima y el Niño Dios, tres preciosidades escultóricas, no de más valor que el trabajo del retablo, aunque antiguo, y del que hablaremos más abajo.

La efigie que desde muy antiguo representa al Patriarca San Francisco en su hermoso templo de Lima es excelente, y se trajo de Quito, y la que lo imita en el paso de la Columna es también primorosa,—dice el P. Cobo,—y de toda veneración. En la Recolección franciscana de Arequipa se venera una imagen de los Dolores de María Santísima, que es portento y admiración; llámanla comúnmente la Napolitana, tal vez porque sería en ese reino su construcción.

De muchas cosas de éstas sólo queda la realidad de los objetos; los nombres de los que los hicieron se han perdido totalmente, pues los escritores antiguos no concedían importancia sino á la posesión de la cosa.

¿Qué hubiera perdido la hermosa *Crónica moralizada* del P. Maestro de la Calancha

con tener los nombres de los artistas que labraron las efigies que refiere tenía en 1582 y 1587 la iglesia de su convento de Ica? «Tiene, dice, tres tablas de gran primor en el arte, y de gran devoción á la vista; la de San Agustín se hizo en Lima...» Y continúa: «Trataron los dos devotos Diego de Morales y Ana del Castillo que se hiciese un bulto costoso de San Nicolás de Tolentino. Hizose extremado en Pisco, y fueron á traerle Diego de Morales y nuestro religioso Fray Juan Serra.»

No es poco que diga la Crónica dónde se labraron dos de los bultos, atendido lo ayunas que suelen estar todas de semejantes noticias. Tampoco el *Diccionario geográfico* de Alcedo nos da á conocer los nombres de los escultores ecuatorianos que trabajaron las efigies para el convento de Franciscanos de Popayán, contentándose con decir: «El templo que se ha concluído últimamente es magnífico, adornado de devotas imágenes hechas en Quito.»

También ignoro el origen de la estatua del rey San Fernando, que estaba en Lima en la capilla de la Purísima Concepción, é igualmente quién fué el escultor que por 1.000 pesos labró en España el bulto de Santa Apolonia, venerado en su capilla de Lima.

Algo más costó, puesto en Lima, el santo Crucifijo que de España se trajo para el convento de la Merced ; dice el historiador de Lima: « Hase puesto poco ha en un altar lateral de la capilla mayor un suntuoso retablo que costó 6.000 pesos. Algunas capillas que se han acabado están bien adornadas ; en una de ellas está colocado un Crucifijo muy devoto traído de España, de mano del mejor artista que allí se conocía (hacia 1610) ; costó su hechura 2.000 pesos puesto acá. »

Para idea de lo que en pintura y escultura solían contener las capillas de los templos principales, pongo aquí una muestra. Es de la catedral de Lima.

En la capilla de las Animas, formando pie al hermoso retablo que tiene de tres cuerpos, hay una gruta de bien imitada peñasquería, y en ella recostado un San Jerónimo de valiente talla, adusto y extenuado. Sobre esta cueva crece el primer cuerpo del retablo en seis columnas dóricas, tres á cada lado, y en sus entrecalles ocupan los costados dos imágenes: de la Dolorosa á vista del Señor en la cruz, y de San Juan.

Estos lienzos y cuantos hay en esta capilla, que son muchos, son de Angélico Medoro.

En una y otra repisa de este orden de columnas patrocinan dos ángeles custodios de entero relieve á sus encomendadas almas puestos de rodillas, esperando el empeño de su custodia y el favor de su intercesión.

El nicho principal lo ocupa un Señor crucificado, de natural estatura y cuerpo entero.

Cornisa volada y airosa divide este cuerpo del segundo, que se compone de igual número de columnas dóricas, que abrazan en el centro un trono de Nuestra Señora con la advocación del Pilar de Zaragoza, sobre bruñida columna de plata. A los lados se ven dos bellas tallas de los evangelistas San Mateo y San Juan, cuyos sobrenichos visten dos copias de los arcángeles San Miguel y San Gabriel, con las insignias que los distinguen. Remata el tercer cuerpo en el capitel de la bóveda, con la gloriosa Asunción de María Santísima sobre coros de ángeles.

Seguiré con las preciosidades que se gastaron en la catedral de Lima, escogiendo aquellas en que la pintura y escultura ocupen juntamente lugar de preferencia.

No me pesaría, por cierto, hacer otro tanto con cuanto digno de memoria hubo esparcido en uno y otro Perú, Chile y Quito, acerca de estas dos bellas artes, de tal modo que

con ellas me fuera posible formar un reme-
do (si no de nombres, de objetos al menos)
de las estimables obras de Ceán, de Ponce ó
de los colectores de Gallardo. Me contento
con escombrar á otros el camino, y en la
seguridad de que ha de andarse todo él, más
ó menos tarde, resignarme á presentar aquí
lo que me ha sido dado conseguir.

Continuando, pues, con las capillas de
la metropolitana, devolveré el uso de la pa-
labra á Echave y Assu.

El retablo de la capilla, de cedro dorado
y de famosa escultura, crece en proporción
de cuatro cuerpos, y remata hasta reñir con
la bóveda. En el pedestal sobrepuesto al ara
se forma un sagrario tallado de medio relie-
ve, con sus columnas y demás galas del ar-
te, en que se deposita el Señor sacramenta-
do la Samana Santa. Ocupa el primer cuerpo
arrogante tabla de inmortales tintas en ro-
mano pincel con la Adoración de los Reyes.
Sus costados se ilustran con las verdaderas
efigies del seráfico P. San Francisco de Asís
en la divina estampa de sus llagas, y el tau-
maturgo de Calabria, San Francisco de Pau-
la. Preside en el segundo cuerpo la Reina,
Madre del mayor Rey, de talla entera, sen-
tada en una silla ricamente labrada de relie-
ve, con corona de plata dorada en las sienes,

con sobrepuestos de oro y piedras precio-
sas... Asístenla colaterales dos vivas copias
del gran Patriarca San Ignacio de Loyola y
el grande Apóstol de las Indias, San Fran-
cisco Javier.

Los demás cuerpos, en correspondencia
de la arquitectura y á devoción de los fun-
dadores, se esclarecen con singulares pintu-
ras de santos.

Llena la testera de la capilla de Nuestra
Señora de la Antigua hermoso y lucido re-
tablo, que en altura de 78 pies (unos 21 me-
tros) y 54 (unos 14 metros) de latitud ó an-
cho, contiene treinta lienzos de la vida de
Nuestra Señora, entre doce columnas estria-
das, y en el nicho principal la soberana ima-
gen de María con la advocación de Nuestra
Señora de la Antigua, de más que natural
estatura y de belleza sobrenatural, copiada,
por las medidas y forma, de la que se vene-
ra en la Santa Iglesia de Sevilla.

En la capilla de San Crispín y San Cris-
piniano están estos dos santos, de talla ente-
ra y natural estatura, en el primer cuerpo
del altar; en el segundo hay un hermoso
bulto de San Atilano, obispo de Zamora, y
en los intercolumnios y nichos otras esta-
tuas de santos, de cuerpo entero.

Con motivo de las fiestas ocurridas en

Lima por la beatificación de su santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, tuvieron los artistas peruanos nueva ocasión de lucir sus habilidades, y Echave y Assu de desplegar las galas de su elocuencia. Como el Santo fué el fundador del Seminario conciliar de Lima (primero que vió el mundo según los decretos del Tridentino), juzgáronse obligados los seminaristas á hacer pública ostentación del grato recuerdo que los merecía su fundador y Padre con la suntuosa capilla que en la catedral le prepararon.

Enderezando, ó mejor desençrespando un poco las ensortijadas frases de Echave y Assu, voy á cederle, junto con la pluma, el sitio. « Por los suelos, dice, vió el Cairo la gala de sus tapetes y el ingenio de sus labores, de que pudiera hacer vanidad á no ser bárbaro, pues la majestad del oro y la plata se dejó labrar en bufetes, braseros y jarras para servir al culto, obsequio de la primavera en fragancia de flores, exhalación de perfumes y pila de antorchas.

» El altar, teatro de maravillas, estrenó en esta ocasión, sobre puntales de plata, un flamante tabernáculo dorado con ocho columnas estriadas sobre aiosos pedestales con el repartimiento de frisos, repisas y remates que engalanan cogollos y cortezas en-

tre galantes travesuras é ingeniosos dibujos del arte moderno, formando nicho principal á la arrogante estatua de toda talla y cuerpo entero del bienaventurado Toribio, vestido de pontifical, extendida la mano á socorrer á dos indios pobres que de rodillas á sus plantas reciben la limosna.

» El pedestal de este nicho, que nace desde el margen del ara, labrada la cavidad de su fondo con el resguardo de dos portañuelas de relieve sobredorado, atesora la urna de los sagrados huesos del santo Prelado, á que hace segunda defensa una reja curiosa de hierro dorado, con su llave... Preciosa pedrería bordó las ropas pontificales, y en el dorado hierro de la reja que defiende el arca de sus reliquias se engastó rica suma de diamantes de tan noble esplendor, que, engreído el hierro, miró con desdén los astros de la vía láctea.

» Colaterales al primer cuerpo, sobre peanas de flores, se colocaron dos bellas tallas de cuerpo entero figurando dos virtudes: ofrecía una al Santo la mitra de su dignidad, cuajada de piedras preciosas; otra el cayado del oficio, tejido en lazos de perlas, á su Pastor...

» Custodias del trono del altar más sagrado que el de Salomón, fueron sobre las gradas dos coronados leones, que en el fuego